

Ortega y Puerto Rico

i

En un hermoso poema dedicado a Picasso dice Rafael Alberti: «De todas las palomas hubo una que voló por el mundo». Era, desde luego, la paloma de la paz.

De todas las ideas de Ortega hubo una —su idea sobre la Misión de la Universidad— que inspiró la reforma universitaria puertorriqueña de 1943. Aquel esfuerzo intelectual y humano se lleva a cabo durante la segunda guerra mundial en una breve isla del Caribe, «apenas posadura sobre las aguas», sitiada entonces por submarinos nazis.

Es la isla que Juan Ramón Jiménez bautizó como «La Isla de la Simpatía».

... Te encontré mi nombre, el que yo debí darte después de los años, isla de la simpatía; y ya nunca te llamaré de otro modo...

... Y ahora estoy en el mar en medio del mar hace dos años y medio, en un barco llamado «Isla de la Simpatía». Los viajeros que me acompañan son encantadores de deferencia y agrado. Las viajeras y los niños, sobre todo, se me meten dentro del corazón y se me quedan fuera de la *cabeza*.

... «Isla de la Simpatía», en este barco anclado con coral en el mar, me quedaré ya para siempre, tiempo de la vida y tiempo de la muerte y al lado de mi amor de cuarenta años. Me parece que soy feliz vivo y seré feliz muerto...

Esa Isla y su simpatía humana ganaron la emoción y el entrañable afecto de Juan Ramón. También cautivó la isla a Pedro Salinas, otro de los grandes poetas españoles que duermen junto al mar, al que dedicó algunos de sus mejores poemas.

... De mirarte tanto y tanto
del horizonte a la arena,
despacio,
del caracol al celaje,
brillo a brillo, pasmo a pasmo,

te he dado nombre: los ojos
te lo encontraron, mirándote.
Por las noches,
soñando que te miraba
al abrigo de los párpados
maduró, sin yo saberlo,
este nombre tan redondo
que hoy me descendió a los labios.
Y lo dicen asoniotados
de lo tarde que lo cffcen.
¡Si era fatal el llamártelo!
¡Si antes de la voz, ya estaba
en el silencio tan claro!
¡Si tú has sido para mí,
desde el día
que mis ojos te entrenaron,
el Contemplado, el constante
Contemplado!

En su discurso a nuestra clase *graduando*, de 1946 en *Defensa y aprecio del lenguaje*, Pedro Salinas discute uno de los grandes temas de la vida puertorriqueña. Su mensaje está a la altura, tanto en calidad como en contenido, de la mejor prosa que se escribe en nuestra lengua.

De igual modo, Juan Ramón escribió en Puerto Rico *Romance río de la lengua y Poesía abierta y cerrada*. Enseñó un curso sobre modernismo y revisó la totalidad de su obra poética. Siendo poeta en residencia en la Universidad de Puerto Rico —único título académico que consideró aceptable— recibió de los labios de Zenobia, ya moribunda, la noticia de habersele otorgado el Premio Nobel de Literatura de 1956.

La Universidad de Puerto Rico, esa morada intelectual del pensamiento de Ortega y Gasset, fue tierra de llegada —[para usar otra expresión de Juan Ramón Jiménez— para poetas, pensadores, profesores, pintores, escritores del exilio español a partir de la década del cuarenta. Más tarde lo fue para el pensamiento disidente Adentro de España durante el régimen franquista.

Junto a los profesores puertorriqueños, a algunos norteamericanos y a otros de América del Sur, la intelectualidad española contribuyó gallardamente al fortalecimiento espiritual de nuestra casa de estudios.

Era grato y emocionante a un tiempo para aquellos españoles sentir en el espíritu viviente de la Universidad de Puerto Rico la presencia y el estímulo del pensamiento orteguiano y ejercitar en sus cátedras la libertad de pensamiento, intervenida entonces en las universidades de España.

Acabo de encontrar entre mis papeles el recorte de un diario de Barcelona, del 20 de octubre de 1965, de un artículo titulado «A los diez años de la muerte de Ortega», suscrito por Pedro Penalva, al que cito:

[...] En un libro sobre lecturas buenas y malas se le atribuían «aviesas intenciones a Ortega [...] Mientras no prueben lo contrario, y ya costará resmas de papel y tinta negrísima, Ortega y Gasset ha sido, es y será un enemigo de España y de la Iglesia [...]».

Continúa el señor Peña|va relatando sus experiencias académicas para señalar que ya fuera de las aulas, «conforme íbamos adentrándonos en el estudio de la obra de Ortega, nos iba sorprendiendo cada vez más la falta de relación existente entre ;el 'Ortega inculcado' y el 'Ortega que descubríamos'».

II

He evocado la dimensión mágica de la isla de Puerto Rico, de su tierra, de su gente, del mar que la circunda a base del testimonio poético de dos de los vates soberanos de la poesía española que aquí vivieron y que desearon descansar en tierra puertorriqueña —Juan Ramón Jiménez y Pedro Salinas—. He señalado la enaltecida misión de la Universidad de Puerto Rico en tiempos difíciles. Aludo ahora brevemente al clima histórico, político y social de entonces.

Por el año 1943, cuando se inicia la reforma académica de la Universidad de Puerto Rico, no se había forjado el concepto de tercer mundo ni el de las comunidades emergentes. Todavía millones de hombres vivían bajo su *status* colonial en tres cuartas partes del mundo.

Los territorios coloniales eran sociedades estancadas, fuentes de materia prima al margen del desarrollo institucional y económico, colonias explotadas.

Puerto Rico es el único país de Hispanoamérica que no se separa de España por su propia iniciativa. Sus proceres gestionan en España por largo tiempo una amplia autonomía política. Los gobiernos de aquí eran reflejo de los de la metrópoli —represivos o liberales—, más represivos que liberales.

Cuando en 1898 se ha logrado la Carta Autonómica y está en proceso de implantación el nuevo gobierno, surge la guerra hispano-norteamericana. Estados Unidos exige a España, en el Tratado de París, el traspaso de la isla de Puerto Rico.

La llegada de los norteamericanos fue aceptada por los puertorriqueños como un hecho consumado dentro del contexto histórico del momento. Con el siglo xix terminaba en América el imperio español. En ese cambio de suerte histórica nos correspondía de ahí en adelante entendernos y relacionarnos con una comunidad de idioma, cultura y tradiciones distintos de los nuestros. En los primeros años hay una voluntad mayoritaria de integración política con la nueva potencia mundial. Esa voluntad se desvanece con el trato y la experiencia. Y surgen como alternativas políticas otras aspiraciones dentro de la sociedad puertorriqueña. Unos se inclinan a la independencia, otros trabajan por una autonomía.

La extensión del '*Bill of Rights*' a Puerto Rico y el establecimiento de la escuela pública, la concesión de la ciudadanía norteamericana son asuntos que van a tener gran peso en el ánimo puertorriqueño al juzgar la relación con Estados Unidos. A cuarenta años de la retirada española de Puer-

to Rico y de la llegada de los norteamericanos comienza un movimiento y se organiza un partido político que no va a determinar en las primeras elecciones a que concurre el futuro de la relación política con la nueva metrópoli. Va a buscar la legitimidad para iniciar la descolonización interna, a levantar la economía, a redistribuir los bienes materiales y espirituales mediante el recurso del voto, mediante la voluntad de los gobernados. A partir de las elecciones generales de 1940 se produce lo que no había ocurrido antes y que va a sostenerse por doce años seguidos: una clara inteligencia entre el liderato político de Estados Unidos, encabezado entonces por el presidente Roosevelt y luego por el presidente Truman, y, de nuestra parte, el excepcional liderato socializante y democrático de Luis Muñoz Marín. Más adelante relataré el inolvidable recuerdo de una cena en Nueva York, donde Ortega fue invitado de honor del ya gobernador de Puerto Rico don Luis Muñoz Marín y de su esposa Inés.

III

Paso ahora a señalar una de las razones del vasto atractivo de Ortega para una comunidad académica, de lengua y emoción hispánicas, en busca de sí misma.

Su obra tiene por objetivo máximo el entendimiento del hombre, de su quehacer, de su destino, y, como> parte de todo ello, de su época y de su medio. Al referirse al Instituto de Humanidades que habría de fundar con el concurso, para él indispensable, de Julián Marías, dice Ortega: «Por Humanidades entiendo no sólo las tradicionales que se resumen en el estudio de Grecia y Roma, sino todas las disciplinas que estudian el hecho específicamente humano, incluso —y aun muy principalmente— sus problemas actuales.»

Con el enfoque orteguiano, los diversos estudios sociales, se les dé o no el título de «ciencias», vienen a formar parte de las Humanidades. Independientemente de dónde estén localizadas en el esquema administrativo, es de rigor entender que en todas ellas el factor humano está siempre presente. Este inyecta un factor de incertidumbre, reflejo de la libertad, a las ciencias del hombre, que las hace sustancialmente distintas de sus parientes más o menos remotos, las ciencias de la naturaleza.

Para mí, y en este terreno, el verdadero punto de partida de Ortega se centra en el interrogante sobre lo que es, sobre lo que debe ser y sobre lo que cada uno alcanza a ser. Considera esencialmente dramática la vida humana. Nuestro destino se hace, se configura, se rehace o se deshace en el entrelace de nuestro yo con el mundo exterior. En ese entrelace a veces el yo íntimo supera la circunstancia, a veces lo que le rodea puede más que él, en esa contienda naufraga o se salva nuestro mejor ser. De ahí esa definición que hace Ortega de sí mismo: *yo soy yo y mi circunstancia*.

Ese yo a que Ortega se refiere no es un ser cuya conducta consiste en un conjunto de reflejos condicionados como ocurre con el experimento del perro de Pavlov. Mi *yo* tiene ímpetus, calidades, apetitos, rasgos en potencia de mayor o de menor formato que, por encima de todo lo demás, urge identificar y estimular.

Ortega subraya tanto al comienzo como al final de su obra la diferencia clave entre el hombre y todo lo demás de la naturaleza, la piedra, la planta y el animal.

El hombre nos aparece hoy, por el contrario, como un ser que se escapó de la naturaleza, que discrepó del mineral, de la planta, de los demás animales y se empeñó en empresas imposibles naturalmente. El hombre es el glorioso animal inadaptado. El hombre es un rebelde, un desertor de la animalidad. Esta es su tragedia, pero es también su dignidad. Mi tesis es antidarwinista sin ser ingenuamente creacionista. Inadaptado a la naturaleza, no puede el hombre realizar, sin más, en ella su humanidad, como el mineral su «mineralidad» — el caballo su «caballidad». El hombre, como de Hamlet decía Mallarmé, es *le seig-neur latent qui ne peut Devenir*, el gran señor escondido que no logra llegar a ser...

Para Ortega, la vida del hombre es esencialmente drama, cuyo argumento consiste en la contienda que mantiene la persona consigo misma y con su medio por llegar a ser o por dejar de llegar a ser, el potencial mejor que siempre, sin saberlo del todo, llevamos por dentro. Es un debate jamás del todo feliz entre el carácter, la circunstancia y el azar. Este drama, según Ortega nos recuerda, lo llamaban los romanos *curriculum vitae*. Significaba literalmente la carrera vital que va desde el nacimiento hasta la muerte.

Dentro de esta importancia que Ortega atribuye al hombre como tal es como habla de almas de grande y de pequeño formato, de rutas ascendentes y triviales, de minorías dirigentes y de mayorías dirigidas en toda sociedad: esta división, que es esencial en su libro más conocido, *La rebelión de las masas*, Ortega la proclama como una realidad psicológica presente en todo grupo humano; por ejemplo, en un salón de clase, en un sindicato obrero o en una reunión de accionistas de libre empresa.

La compulsión etimológica de Ortega le lleva a emplear palabras prohibidas en el vocabulario de la democracia, tales como *interpretación radicalmente aristocrática de la historia*, *hombre-masa*, *minorías selectas*. Al contravenir las fórmulas en uso e invocar el sentido original de las palabras para redefinir su alcance, Ortega no sólo ha suscitado revisiones y polémicas. También ha facilitado una injusta y superficial clasificación suya como conservador, reaccionario, antidemocrático. Fue, por el contrario, uno de los grandes exploradores del porvenir. Así se ha reconocido con el andar del tiempo.

Hace unos meses, al inaugurarse en la Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos la celebración de su primer centenario, el filósofo y pensador norteamericano Mortimer Adler caracterizó a Ortega y Gasset como

el educador del siglo xx. A mí me correspondió responderle y, desde luego, no hubo discrepancia. Adler subrayó principalmente la insistencia orteguiana en que el hombre medio entienda la época y el sitio donde va a actuar antes de convertirse en profesional o en investigador.

Ortega se describe a sí mismo como *nada moderno y muy siglo XX*. Objetaba al optimismo fácil de lo que los franceses llamaron *la bella época*, la visión feliz del devenir histórico asociada con las ciencias del siglo xix, el ilusionismo del progreso garantizado, y la ética de la adaptación o de la violencia. Ya para el 1926 había escrito penetrantemente contra el fascismo, así como contra la teoría de la decadencia de Occidente y contra las simplificaciones del marxismo. Una y otra vez señaló que los tiempos presentes, por corresponder a las «altas matemáticas de la historia», requieren perspectivas más penetrantes y puntos de apoyo más firmes, que en 1944 discutió en su estudio sobre *Ideas y creencias*.

La tarea de proveer los recursos e incentivos para alcanzar esas perspectivas por parte del hombre medio constituye la primera de las tres tareas fundamentales de la Universidad. La segunda conlleva capacitar para el ejercicio competente de las profesiones. La tercera requiere aumentar el saber mediante la investigación.

IV

Conviene precisar esa tarea primaria. Requiere entender las claves vivas, aunque en muchos aspectos sublatentes, de la época y del medio. Ello conlleva entender que lo que en la Universidad de Puerto Rico hemos llamado Estudios Generales al intentar nuestra reforma de 1943 corresponde a lo que Ortega define como Cultura en su *Misión de la Universidad*:

«Cultura es el sistema de ideas vivas que cada tiempo posee. Mejor: el sistema de ideas desde las cuales el tiempo vive. Porque no hay remedio ni evasión posible: el hombre vive siempre desde unas ideas determinadas, que constituyen el suelo donde se apoya su existencia. Esas que llamo Ideas vivas o de que se vive' son, ni más ni menos, el repertorio de nuestras efectivas convicciones sobre lo que es el mundo y son los prójimos, sobre la jerarquía de los valores que tienen las cosas y las acciones: cuáles son más estimables, cuáles son menos» (*Obras completas*, IV, pág. 344).

Véase ahora lo que un poco antes había dicho Ortega sobre la misión de la Universidad:

«A) La Universidad consiste, primero y por lo tanto, en la enseñanza superior que debe recibir el hombre medio.

B) Hay que hacer del hombre medio, ante todo, un hombre culto —situarlo a la altura de los tiempos—. Por tanto, la función primaria y central de la Universidad es la enseñanza de las grandes disciplinas culturales.

Estas son:

1. Imagen física del mundo (Física).
2. Los temas fundamentales de la vida orgánica (Biología).
3. El proceso histórico de la especie humana (Historia).
4. La estructura y funcionamiento de la vida social (Sociología).
5. El plano del Universo (Filosofía).

C) Hay que hacer del hombre medio un buen profesional. Junto al aprendizaje de la cultura, la Universidad le enseñará, por los procedimientos intelectualmente más sobrios, inmediatos y eficaces, a ser un buen médico, un buen juez, un buen profesor de Matemáticas o de Historia en un Instituto. Pero lo específico de la enseñanza profesional no aparecerá claro mientras no discutamos el tema.

Yo haría de una Facultad de Cultura el núcleo de la Universidad y de toda la enseñanza superior» (*Obras completas*, IV, pág. 335).

Los egresados de nuestras aulas saben que el pensamiento orteguiano influyó decisivamente en el desarrollo de la reforma universitaria de 1943. No fue, claro está, únicamente Ortega. Tuvimos también el apoyo del mejor pensamiento liberal de Estados Unidos, de Europa, de Hispanoamérica. Además, nada de esto habría sido posible de no haber coincidido una serie de circunstancias externas a Puerto Rico y a la Universidad. La guerra civil española nos permitió incorporar a nuestros claustros escritores, profesores, intelectuales del máximo relieve. Así, don Fernando de los Ríos inauguró los cursos de Humanidades en Río Piedras junto con otro querido español, don Sebastián González García.

V

En junio de 1949 recibí desde Chicago, donde había escrito mi tesis graduada sobre Ortega, la convocatoria para concurrir a la celebración del segundo centenario del natalicio de Goethe. La suscribía Robert Hutchins, y tendría lugar a mediados de julio en Aspen, Colorado; vendrían escritores de todas partes, entre otros, Albert Schweitzer desde África y José Ortega y Gasset desde Madrid.

Nunca había visto a don José en persona. Entre los vivos sentía por él el máximo afecto y la más extensa deuda intelectual. Le guardaba la gratitud especial que sienten los discípulos por sus grandes maestros. Decidí encomendar a otros mis tareas del momento y salir de inmediato para Aspen. He narrado en otros sitios los detalles de aquel venturoso encuentro y del excepcional éxito que tuvo don José en su única visita a Estados Unidos.

Al terminar las labores en Aspen, Ortega nos hizo el honor de acompañarnos por varios días en el hotel Plaza en Nueva York. El gobernador Luis Muñoz Marín y su esposa Inés acababan de iniciar en Washington las diligencias que sentaron las bases para la cuestión del Estado Libre

Asociado de Puerto Rico. Ambos eran ávidos lectores de Ortega y nos ofrecieron una comida íntima.

Ortega entraba en relación intelectual y emocional con un Puerto Rico desconocido, entonces y ahora. Nuestro primer dirigente, elegido gobernador por grandes mayorías y símbolo de un nuevo movimiento, Luis Muñoz Marín, se sabía de memoria a Rubén Darío, a Walt Whitman, a Julio Herrera Reissig; era amigo personal del presidente Truman y de toda la intelectualidad del Nuevo Trato.

Había respaldado la gestión en Washington de Fernando de los Ríos y presentaba como un héroe contemporáneo al excepcional místico y evangelista político, al mártir hindú Mahatma Gandhi.

Por su parte, los camareros del hotel *Plaza*, que ya conocían a Muñoz, servían sin preguntar los mejores vinos franceses para acompañar las otras especialidades de la casa. Ortega escuchaba entre afectuoso e incrédulo a aquella figura titánica nuestra, versátil y original, que conjuntaba con la mayor naturalidad los afanes y gustos de Occidente con la admiración por aquella contrafigura política, tan diferente, a quien nuestro compatriota y amigo Luis Palés llamaba, en su poema «Menú», el comeyerbas teosofista.

En el transcurso de la sobremesa Ortega observó, por su parte, que la admiración personal por el Mahatma no nos permitía salvar la enorme distancia entre los difíciles problemas del mundo de Occidente, Puerto Rico inclusive, y los abrumadores problemas de la India. Muñoz, a su vez, respondió: «Llegará el día en que sean los mismos.»

Ortega aceptó complacido la invitación a visitar la extraña isla del Caribe donde enseñaban tantos intelectuales compatriotas suyos y donde, según razón de sus acompañantes, se desarrollaba una revolución pacífica de tono liberal y socialista. Por mi parte, me permití añadir que nuestra revolución no era muy distinta de la que don José mismo había propuesto para España en 1914, en su conferencia «Vieja y nueva política». La visita —para pérdida nuestra— nunca llegó a realizarse.

J. B. '

* Puerto Rico, 1908. Rector muchos años de la Universidad de Puerto Rico.